

## Y. PSIJARIS: CELOS

Virginia Martínez Cárceles  
(Universidad de Murcia)

### INTRODUCCIÓN

El texto literario que presentamos y que titulamos *Celos* (*Ζούλια*) es un fragmento de la novela homónima que Yánis Psijaris (1854-1929) publicó en 1891 en la revista literaria ateniense *Estía*<sup>1</sup> y que, posteriormente, incluyó en el primer tomo de su obra *Rosas y Manzanas* (*Ρόδα και μήλα*) (Psijaris: 1902, 180-21). Traducido al francés por el mismo autor encontramos el texto en dos tomos de la *Nouvelle Revue* de 1891<sup>2</sup> y, posteriormente, en su obra recopilatoria *Cadeau des noces* (Psijaris: 1893, 233-319) con el título *Jalousie*.

La obra de este autor griego y filólogo neohelenista se inserta en la etapa de la historia de la lengua griega denominada *cuestión lingüística* (*γλωσσικό ζήτημα*) la cual viene dada por la existencia en Grecia de una diglosia<sup>3</sup>. En efecto, hasta el tercer tercio del siglo XX, coexisten en Grecia dos lenguas: la kazarévusa -la oficial del Estado- y la demótica -la utilizada por el pueblo para la expresión cotidiana-. Mientras que la primera gozaba de todos los privilegios y era la lengua empleada para la expresión escrita de todo tipo de textos (científicos, literarios, etc.), la lengua demótica había sido relegada a la expresión oral de los estratos más bajos de la sociedad griega y

reunido en torno a sí calificativos que la definían como una lengua vulgar, común, impropia...

En realidad, la kazarévusa era una lengua artificial que recogía cánones –sobre todo morfológicos– y el léxico del griego antiguo mientras que, por el contrario, la demótica era el resultado de la evolución natural e histórica del griego que, durante siglos, se había ido empapando de las influencias del latín, turco, italiano, etc. La etimología de su nombre es clarificadora: la demótica es la lengua del “demos”, del pueblo.

El debate sobre la diglosia en Grecia nace prácticamente junto con la fundación misma del Estado (1821) cuando han de establecerse las bases para su identidad. En un Estado como el griego del siglo XIX, que pretende desvincularse del pasado otomano y buscar sus raíces en la antigüedad clásica, la lengua demótica –que durante siglos había ido incorporando en su vocabulario préstamos de origen turco- no parece ser la más adecuada. Así, aunque ya desde mediados del siglo XIX numerosos intelectuales se habían posicionado a favor o en contra de una u otra lengua, la cuestión lingüística griega no estalla definitivamente hasta que nuestro autor, Yánis Psijaris, publica su revolucionaria obra *Mi viaje* (*Το Ταξίδι μου*) en 1888. De hecho, la fecha de publicación de *Mi viaje* inaugura el capítulo de la cuestión lingüística en los manuales de historia de la lengua griega.

*Mi viaje*, exposición de las ideas sobre la lengua y relato de las reflexiones e impresiones del

<sup>1</sup> Cf. Primero en *Εστία*, 12 (24 de Marzo 1891) 177-184; después en *Εστία*, 14 (7 abril 1891) 209-215)

<sup>2</sup> Cf. Psichari: « Jalousie », *Nouvelle revue* 72 (1891) 804-20 y 73 (1891) 141-52

<sup>3</sup> Cf. Para el tema de la diglosia en Grecia, vid. F. R. Adrados: *Historia de la lengua griega*, Madrid, 1999, pp. 161-184, 206-213, etc.

autor durante un viaje a Grecia<sup>4</sup>, coronaría a Psijaris como líder del movimiento demotocista - movimiento defensor de la lengua demótica. Por primera vez un intelectual de reconocido prestigio –Psijaris era profesor en la Sorbona de París– se atrevía a utilizar, sin prejuicio ni complejo alguno, la lengua demótica en una obra literaria, y es que el objetivo de Psijaris era precisamente éste: actuar, no teorizar.

En efecto, el posicionamiento de nuestro autor en el debate sobre la diglosia exige la acción:

Cuestión lingüística no existe. No existe discusión ninguna. Existe lengua nacional –la lengua que se habla y que es nuestra deuda escribirla de aquí en adelante<sup>5</sup>.

Con *Mi viaje*, Psijaris logró convencer a muchos otros intelectuales y escritores de la perfecta capacidad de la lengua demótica para ser vehículo de la expresión escrita, de la necesidad de cultivarla en la práctica –lo cual, al tiempo, la enriquecía– y de la necesidad de desvincularla de su condición de vulgar o común. Todos estos autores (Vlastós, Palis, Eftaliotis, etc.), que conformaron el denominado movimiento demotocista griego o demotocismo, comenzaron la traducción de las grandes obras de la historia de la literatura y la edición y publicación de todo tipo de textos en lengua demótica.

Las revistas y periódicos de la época son testigos de la lucha que se estableció entre los kazarevussianos y los demotocistas, una ardua lucha en la que se llegaría, en muchos casos, al insulto

<sup>4</sup> Cf. Aunque Psijaris viajó a Grecia en numerosas ocasiones, nunca vivió en ella. Psijaris era miembro de una familia de la diáspora griega que se había establecido en Constantinopla tras huir de la matanza de Quíos en 1822. Creció en Estambul junto a su abuela materna para viajar después a diversas ciudades europeas donde comenzaría sus estudios de Filología. Finalmente se establecería en París donde se licenciaría en la Universidad de la Sorbona. Allí, sería nombrado catedrático de lengua griega moderna en la École des langues orientales vivantes.

<sup>5</sup> Cf. Psijaris: 1956, 144:

Ζήτημα γλωσσικό δεν υπάρχει. Δεν υπάρχει συζήτηση καμιά. Υπάρχει εθνική γλώσσα – η γλώσσα που μιλιέται και που είναι χρέος μας να τη γράφουμε από δω κι ομπρός.

o, en otros más extremos, a episodios de violencia<sup>6</sup>.

Yánis Psijaris dedicaría su vida y su obra a la lucha por la demótica y por esta razón es imposible juzgar su obra literaria sin conocer previamente en qué contexto histórico- cultural y literario se inserta, es decir, la cuestión lingüística. La literatura de Psijaris –que abarca todos los géneros literarios– nace y es por y para la causa demotocista. En efecto, la razón de ser de la obra literaria de Psijaris está directamente vinculada a uno de los objetivos principales del demotocismo: la demostración en la práctica de la perfecta capacidad de la lengua demótica para ser vehículo de la expresión literaria.

En este sentido, es inevitable referir el hecho de que, en el caso de la traducción de textos en griego de Psijaris, el traductor es más que nunca un traidor. Si la literatura de Psijaris es la demostración práctica de que la lengua demótica es perfectamente capaz de ser vehículo de la expresión literaria, despojar a sus textos de esta lengua para verterlos en otra no puede ser menos que una extirpación de gran parte de su sustancia.

Y, sin embargo, el mismo Psijaris había traducido algunos de sus textos a la lengua francesa, quizá precisamente aquellos que consideraba *traducibles* a otro idioma (no tradujo ni se ha traducido jamás, por ejemplo, *Mi viaje*). Puesto que *Celos* es uno de estos casos y porque, aún despojándolo de la lengua en que fue escrito originariamente, el texto mantiene su calidad e interés literarios, nos parece que su traducción es, pese a todo, legítima.

La inserción de *Celos* en un género literario no es sencilla: Mientras que muchos críticos prefieren considerarla “cuento”<sup>7</sup> (διήγημα), otros

<sup>6</sup> Cf. P. ej., la traducción del *Nuevo Testamento* a la lengua demótica por A. Palis derivaría en protestas en las calles de Atenas que concluirían con la muerte de 7 manifestantes y numerosos heridos. Vid. p. Ej. AA. VV (1995): *Ευαγγελικά (1901) – Ορεσσιακά (1903). Νεωτερικέσ πιέσεις και κοινωνικέσ αντιστάσεις*, Αθήνα

<sup>7</sup> Cf. P. ej., Jristidis en X. Χρηστίδης, «Ο Ψυχάρης ύστερα από πενήντα χρόνια», *Ψυχάρης στα πενήντα χρόνια από το θάνατό του*, Institute français de Athènes, Athènes, 1979, p. 28

prefieren considerarla “novela”<sup>8</sup> (μυθιστόρημα). No obstante, el mismo Psijaris nos da la pista para su catalogación en el prólogo de su colección de cuentos *A la sombra del platanero* de 1911, donde nos explica que uno de los cuentos incluidos había sido un sueño que había tenido previamente. Se pregunta entonces Psijaris por qué no convertirlo en cuento puesto que, a menudo, le sucedía que de un sueño suyo se derivaba “no un cuento, sino un romance completo”, y cita como ejemplos *Celos* y su novela *El sueño de Yaníris*. Debemos entender, por tanto, que para Psijaris *Celos* no era un cuento sino -como *El sueño de Yaníris*- un romance, es decir, una novela.

Así pues, el testimonio citado de Psijaris, la extensión del texto –necesariamente hubo de publicarse en varios números de revistas literarias– y el hecho de que sólo una de las partes del texto fuera incluida en la *Colección de cuentos griegos de 1896* (Tomadakis: 2000, 117-29) como texto independiente y perfectamente autónomo, nos permiten concluir que *Celos* es una novela epistolar breve.

Como el propio título indica, *Celos*<sup>9</sup> versa sobre la celotipia –el cual, por otra parte, es frecuente en la obra literaria de nuestro autor– en una suerte de tema con variaciones en el que esta pasión provoca diferentes –pero siempre trágicas– consecuencias: en el primero de los casos, el protagonista mata; en el segundo, se mata.

La novela está compuesta por tres cartas: a) una carta-marco que un narrador en primera persona (Psijaris) envía a Drosinis<sup>10</sup> –en el que se incluyen las otras dos–, b) la carta que Karlís envía a Psijaris y c) la carta que Palmos envía a Psijaris.

El texto de la carta-marco es muy breve y sirve de principio cohesivo de la novela. En apenas un párrafo, desde París, Psijaris agradece a Drosinis que le haya enviado un número de *Estía* en el cual había podido leer un artículo sobre la celotipia. La lectura del texto le hace recordar que hacía un año se había encontrado con dos amigos de su infancia a quienes había conocido en Constantinopla. Ambos, “desgraciados los dos”, le habían enviado sendos sobres donde “algunas hojas de papel (...) eran de cada uno la historia escrita por su mano. Te envío la una y la otra. Quizá las leas”<sup>11</sup>. La novela continúa con la reproducción de los textos de las dos cartas recibidas: en primer lugar la de Karlís y, en segundo, la de Palmos. La obra concluye con un fragmento de la carta-marco en el que Psijaris explica a Drosinis que, en cuanto hubo terminado de leer la carta de Palmos, corrió a encontrarse con él, mas el desdichado joven se había suicidado.

La utilización de narradores homodiegéticos permite a Psijaris profundizar en el pensamiento enfermizo de sus protagonistas. Puesto que ambos sufren la misma pasión –a pesar de tratarse de personalidades muy diferentes–, encontramos en ambas historias la reiteración literal de expresiones o de pensamientos<sup>12</sup>.

<sup>8</sup> Cf. P. ej., Crílos en A. Θρύλος, «Ο Ψυχάρης (1854-1929). Ο άνθρωπος. Ο λογοτέχνης», *Νέα Εστία*, 644 (1-5-1954) 714

<sup>9</sup> Cf. Refiramos brevemente el hecho de que Psijaris se vio obligado a publicar un carta [(«Τηλεφώνημα», *Εστία*, 14 (7 abril 1891) 209-15] para justificar la elección de la forma demótica *ζούλια* (*zúlia*) y no la culta *ζήλια* (*zília*) para el título de su texto. Los kazarevussianos llegaron a afirmar que no podía tratarse del término “celos” en griego sino que, tal vez, fuera un nombre propio adaptado a esta lengua (Julie). En su carta, Psijaris demuestra que *ζούλια* no puede proceder de ningún nombre propio extranjero y que es la forma demótica correcta correspondiente al significado “celos”. Debemos referir que en la lengua demótica actual oficial de Grecia, la forma aceptada es *ζήλια* y no *ζούλια*.

<sup>10</sup> Cf. Y. Drosinis: Γ. Δροσίνης (1859-1951) poeta y novelista griego perteneciente al grupo poético de la Nueva Escuela Ateniese.

<sup>11</sup> Psijaris: 1902, 181: (...) Λίγες κόλλες χαρτί. Είταν του καθενός η ιστορία γραμμένη από το χέρι του.

<sup>12</sup> Cf. P. ej., se reiteran las expresiones: «έπρεπε να γίνηι, αφού την αγαπούσα» (Psijaris: 1902, 182 y 206). Mientras que Palmos no emplea signo de exclamación alguno es esta oración, Karlís concluye la frase con una exclamación (tal vez como indicio del final trágico de su historia).

«Είναι απέραντη η μοναξιά» (Psijaris: 1902, 183 y 206)  
«Να μοιάζηι η ζωή της με την ήσυχη την ακρογιαλιά που κοιμάται μέσα στα λιμάνια» (Psijaris: 1902, 213 y 195).

Mas no son estas reiteraciones los únicos elementos que tienen en común las historias de Karlís y de Palmos: ambos descubren la existencia de una tercera persona gracias a una carta que recibe la amada, las dos historias tienen lugar en Constantinopla, ninguno de ellos está aún casado con la joven a quien ama, etc.

La diferencia principal viene dada por el modo en el que actúan los protagonistas y que deriva en dos finales diferentes: mientras que Karlís –cuyos celos son infundados– acaba asesinando a la joven, Palmos –cuyas sospechas resultan finalmente reales– opta por la felicidad de la amada y acude al joven Pavlís para pedirle que no se marche y que tome a Marita por esposa. Posteriormente, Palmos se suicidaría.

No niega Psijaris la influencia de la lectura del *Otelo* de Shakespeare, aunque insiste en diferenciar la celotipia de Otelo de la de sus protagonistas. Así, Palmos, en su carta, se pregunta si Otelo temía en realidad “por su amor (...) o por su honra” y llega a la conclusión de que el griego, a diferencia del inglés, “si viniera algún Yago a decirnos algo, en primer lugar sospecharíamos y tendríamos celos del mismo Yago (...) Nuestro amor se convierte en Yago dentro de nosotros mismos”.

*Celos* fue bastante bien recibida por la crítica. Como el mismo Psijaris nos explica en un breve prólogo que precede al texto en *Rosas y Manzanas (Ρόδα και μήλα)*:

No sé por qué gustó más en Atenas la primera parte que la segunda. Recuerdo que discutían entonces un mes entero en París cuál era mejor, la primera o la segunda. Encontraban que el primero tenía más pasión, el segundo que estaba quizá mejor analizado psicológicamente. Tengo una valiosa carta de Taine sobre mi *Celos*, que guardo como mi orgullo y consuelo, porque la leo de vez en cuando y digo: “Ay, no seré tan estúpido como piensan en Atenas [los kazarevussianos]”. Es mi obligación referir también un brillante artículo de mi gran amigo Anatole France, que cuando lo pienso me avergüenzo de qué no dije sobre *Celos*.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Cf. Psijaris: 1902, 180-1:

Δεν ξέρω γιατί άρεσε περισσότερο στην Αθήνα το πρώτο μέρος από το δέφτερο. Θυμούμαι τότες που

El texto que traducimos –la carta de Karlís– es una historia realmente sobrecogedora. Destaca en ella la maestría de Psijaris para hacer que el lector tenga una doble interpretación de los hechos: mientras que la versión que nos trasmite Karlís con sus propias palabras se nos presenta en un primer momento verosímil, finalmente llegamos a la conclusión que el propio Psijaris, en la carta-marco, corrobora: la concepción de los hechos de Karlís es enferma e irreal. Su desvarío o locura es perceptible desde el primer momento –de hecho, la primera escena presenta a Karlís en un manicomio siendo atado por los enfermeros– y predispone al lector a no prestar su credibilidad al narrador–protagonista.

Concluamos esta introducción al cuento destacando el hecho de que, como explica E. Kriarás<sup>14</sup>, Psijaris “con su valiente sermón y con toda su obra dio expresión a una generación que renovó el espíritu griego”, una generación que crearía las condiciones necesarias para que las generaciones posteriores lograran que la lengua demótica se convirtiera en la oficial del Estado Griego –ya en 1976– y la condujeran a su aplicación en todos los ámbitos (cultural, administrativo, medios de comunicación...) “Por esto (...) la figura de Psijaris supone un hito importante en la historia del espíritu griego”<sup>15</sup>.

---

φιλονικούσανε αλάκαιρο μήνα στο Παρίσι, ποιο είναι το καλήτερο, το πρώτο ή το δέφτερο. Έβρισκαν το πρώτο πως είχε πιο πολύ πάθος, το δέφτερο πως είτανε ίσως πιο βαθιά ψυχολογημένο. Έχω ένα πολύτιμο γράμμα του Taine απάνω στη ‘Ζούλια’ μου, που το φυλάγω για καμάρι και πανηγυριά μου, γιατί το διαβάζω κάποτε και λέω: ‘Αί! Δε θα είμαι και τόσο μπόσικος όπως θα φρούνε στην Αθήνα. Χρέος μου να αναφέρω κ’ ένα λαμπρό άρθρο του μεγάλου μου φίλου του Anatole France, που το συλλογιούμαι και ντρέπουμε τι δεν είπε για τη ‘Ζούλια’

<sup>14</sup> Cf. Kriarás: 1981, 291: «με το θαρραλέο κήρυγμα του και με όλο το έργο του έδωσε έκφραση σε μια γενεά που ανανέωσε το ελληνικό πνεύμα»

<sup>15</sup> Cf. Íbidem.: 1981, 291: «Γ’ αυτό και αποτελεί η φυσιογνωμία του Ψυχάρη σημαντικό σταθμό μέσα στην ιστορία του ελληνικού πνεύματος»

## **BIBLIOGRAFÍA**

Kriarás (1981) E. Κριαράς: *Ψυχάρης. Ιδέες. Αγώνες. Ο άνθρωπος*. Atenas

Psijaris: Γ. Ψυχάρης:

(1893) *Cadeau de nocces*, París, 1893

(1902) *Ρόδα και μήλα. (Rosas y manzanas)*, tomo I, Atenas, 1902.

(1956) *Στον ίσκιο του πλατάνου (A la sombra del platanero)*, Atenas, 1911<sup>1</sup>, en *Άπαντα*, ed. N. Vrettakos (N. Βρεττάκος), Atenas.

Tomadakis (2002): Β. Φρ. Τωμαδάκης, *Η συλλογή Ελληνικά διηγήματα του 1896*, Ίδρυμα Νεοελληνικών Σπουδών, Atenas.

## I. PSIJARIS

### CELOS

<<.....

Dónde estoy, dónde me encuentro, no puedo todavía comprenderlo. Qué extraña casa que no tiene paredes. No son de madera, no son de piedra, no son de hierro los muros; están hechos de niebla y parecen más firmes que la madera, la piedra y el hierro. Lucho por hacer un agujero y no lo consigo. Con la mano, con el pie, con la cabeza, golpea. En vano. No se derrumba. No veo nada.

Horas, meses, años pasaban y no veía nada.

¿Quién dice que no puede el ojo humano mirar al sol? Si viviera dentro del sol, no me llegaría su luz. Que se marche, que se disemine este caos que me mata.

Tenía que ocurrir, puesto que la amaba.

Es roca una noche así. ¡Que no amanezca nunca! ¡Los malhechores! Se rieron de mí y se ríen de mí constantemente. Tinta roja, roja pedí que me trajeran y es negra como la sangre.

¿Qué romper? ¿Qué calmar? Rechinan mis dientes, grito, y no viene nadie y nadie habla. No escucho ni una palabra.

.....

Me enfurecía. No pego ojo. Y la pared siempre en frente. ¿Qué quieren, pues? ¿Que desgarré mis ropas otra vez? ¡No! ¡No! Soy "refinado" y no me atrapan. ¡Sólo que caiga el muro! Y no quiere. Helo otra vez blando como el algodón y aunque le dieras una patada, no se mueve.

Les gusta que me enfade, para contarme después cuentos. Aprieta, Karlís, muerde, Karlís, tus puños dentro de tu boca: para que te atemos después. ¡No os importe! ¡No lo hago más y veréis! El cuello de pajarita me ahoga. ¡Si pudiera

tirlo! No lo tiraré, para que no se alegren. ¿Has visto hombre más tranquilo que yo? – Que me muera una hora antes, que se acabe.

Es inmensa la soledad.

Que me digan alguna mentira, pero que por lo menos hablen. Que escuche una voz. Que no me vuelvan a masticar sin embargo continuamente lo mismo. ¿Quién? ¿Yo no sé lo que digo? Que se lo demuestre. Lo recuerdo como si fuera hoy. Entonces estaba en otra parte. En nuestra vieja casa. En la Ciudad<sup>1</sup>. Yo era como los otros. Comprenderán que tenía razón. Todo lo expondré ordenadamente, en el papel. Es ya hora de que juzguen también aquellos rectamente las cosas, recta y correctamente como yo. Y entonces me dejarán, y caerá el muro y me sacarán fuera, fuera a los huertos de sol empapados.

Pero ¿cómo pueden ellos comprenderme? Ninguno de ellos amó como yo.

¡Sus alegres, dorados, sus inocentes y buenos cabellos, cómo brillaban allá abajo, en el campo, cuando la vi por vez primera junto con mi hermana, que paseaban una al lado de la otra, Lela con Eleni! Tus cabellos, besarlos, porque se deshace mi corazón sólo al recordarlos. Estaba atrás el huerto, y venía Lela como el sol, subía las escaleras de la casa. ¿Quién? ¿Quién no la adoraría? Tan pronto como apareció, le di mi vida. Decírselo, tomarla, secuestrarla, marcharme, hacerla mi mujer, mía, que fuera mía todo el día.

La miraba, y le gritaba mi alma dentro de mí: tú eres la única a la que amaré.

---

<sup>1</sup> = *Constantinopla*. Psijaris nunca emplea "Κωνσταντινούπολη" en sus textos en griego. No obstante, utiliza "Constantinopla" para la traducción francesa del texto. N.D.T.

¡La única! ¡La única! ¡Escuchas!

¿Por qué acaso se fingen tan ignorantes las mujeres? Nosotros inmediatamente, en seguida, amamos, como el relámpago que te quema antes incluso de tocarte. A ellas les es necesario tiempo, ¡tiempo! Es como las flores su nobleza: despacio, despacio; necesitan tiempo para volverse a abrir.

Nanas y canciones, carantoñas llenas de miel, palabras, dulces palabras, ¿qué quería? ¿Que se lo diera! Que la protegiera como si fuera mi hija; lo que pidiera, que se lo llevara. Lela, ¿qué ordenas, Lela? ¿Quieres que me vaya? Lela, ¿quieres que caiga en tierra y arrodillado días enteros te rinda culto como a una imagen? La mujer es como un tembloroso pajarillo, ¡No vayas y la sobresaltes! Tienes que convertirte en su madre, hablarle bajo, en secreto, enseñarle tú los misterios del mundo y del alma.

¡Ah! No digo que me ame; ¡sólo que vea cuánto la amo yo!

¿Y cómo no lo veía? ¿Cómo no comprendía que una llama estaba encendida dentro de mi pecho? ¿No lo comprendía? No lo comprendió ni ella ni ningún otro. Se ha instalado ahora dentro de mi mente, y ya no sale, no da ya ningún paso sin que la vea. Tranquila y dulce como el verano, con su blanda sonrisa, con sus pequeños piecitos, va y viene Lela por la casa. Corría arriba en Pera con Eleni, hacía visitas con Eleni, la acompañaba a todas partes, tocaba el piano con ella, estudiaba con ella, hablaba, bromeaba, como si no supiera nada. ¿Fingía también entonces o no? De vez en cuando la encontrabas pensativa y sentada.

Lo he observado todo.

¿Qué pensaba? Desde su rostro resplandecía una alegría, una alegría silenciosa, una sosegada, despreocupada alegría; en mí, por supuesto, no pensaba. ¿Cómo podía pensar en mí y quedarse sentada, inamovible, con tanta bondad en los ojos? Apatía, apatía y crueldad ahí donde yo me torturaba y sufría. Con sus veinte años parecía aún una niña, una dulce niña de veinte años, y Eleni parecía su hermana mayor. Lela no tenía preocupaciones, no sufría, no le importaba nada

y en la mesa, cada día, Eleni frente a padre, yo frente a Lela, la miraba, y mi corazón volaba para entrar dentro de su corazón. ¡Cómo la amaba! Cuerpo y alma. Mía y de nadie más. Lo sabrá. No ha amado quien no ama para siempre...

Sólo a ti, Lela, ¿Lo oíste? ¿Lo oyese!

¿Podría ser, por lo menos, que no me tuviera lástima? ¿Que me tuviera lástima? ¡No! Que me amara. Como fuego en derredor le subía mi amor. Tendría que haberla quemado. Tuviera corazón o no tuviera, estaba predestinado que la tocara esta llama, porque un amor tal no hubo jamás en el mundo y ¿quién puede escapar cuando amas con tanto vértigo, con tanta pasión?

Era imposible que Lela quedara indiferente y fría, que caminara con su blanda sonrisa y que cuando la encontraba, tranquilamente pasara apenas me viera. Y el hielo y estas piedras aquí verás estallar, cuando les des chispa cogida de dentro de tu corazón.

Lo he observado todo.

Así que única y exclusivamente por esa razón, en seguida, Lela comprendió.

Dilo, mi luz, como lo dijiste aquella noche, dilo, Lela, para escucharlo de nuevo. ¡No! No era mármol su alma, escuché su alma que me hablaba. Bajaba las escaleras en la oscuridad; colgaba del techo el candilillo medio encendido – y he aquí que otra vez no veo nada. Oscuridad, siempre la oscuridad que me ciega. – ¡Lela! Veo de pronto a Lela que va arriba, a su habitación. Me encontré a su lado, cerca, muy cerca, y casi medio muerto susurré, que apenas pudo captarlo su oído:

-Lela, ¿eres tú?

-¡Sí!- se vuelve y me dice. Su voz no la olvidaré en mi vida, ¡Su voz! ¿Has escuchado a un ángel hablar y responder con una palabra? -¡Sí! ¡Sí! Lo vi, lo sé. No intentes que te diga otra cosa.

Va a marcharse, y tropieza su pequeño pie: casi se cae, la agarro. Todavía me quema su piel.

-Lela, ¿no te ha pasado nada? Lela mía, dilo.

-¡No! ¡No! Es tarde

- ¡Buenas noches! ¡Buenas noches! Lela, dulces sueños. Que duermas bien.

-¡Buenas noches! - y desaparece mi niña

¿Has visto noches buenas? Pesadas son las horas y olas los pensamientos.

¿Querrá? ¿No querrá? ¿Cómo decírselo? Y, ¿puedo decirle algo? ¿Tengo derecho? Quizás se asuste y tiemble su voz. Imaginé cómo se convertía en mi mujer. No, no querrá.

Me entró el miedo. En el país extranjero del que nos vino, abajo en su patria, allá abajo en el Oeste, quizás prometió algo a alguien, cuando volviera de nuevo atrás. Algo me ocultará. Es imposible que con su belleza no la amara quienquiera que la viera. Por eso se hace primero la indiferente y juega y se ríe; por eso apenas sabe decirme una palabra ahí donde el amor a mí me enloquece. Por eso se sienta durante horas y piensa.

Lo he observado todo.

Si es verdad, que me lo diga francamente. ¿No tengo razón? Que me lo diga sin rodeos y le juro que me retiro y me voy. No me ve más. Mejor estropear mi propia vida que su propia vida. Me iré, me iré. Y ¿puedo?

No puede ser que me torture así. Me ahogó esta niebla. ¡Basta, basta!

Me salvé; el muro se agujerea, aparece el cielo. En nuestro huerto allí abajo. En nuestro huerto hay atrás higueras y plataneras. Pero tiene una puerta a la derecha el jardín, una puerta pequeña, maldita. La abrí y entonces entré. Detrás de nuestro huerto hay sombra y fresco. ¡Qué bueno es nuestro huerto! ¡Qué bondad que le tiene el amanecer! Amanece dulcemente para que se alegre el mundo. En la mañana la luz es infinita, en la mañana se llena el cielo de sonrisas, se pone ropa nueva y festejan los huertos. Lela, siéntate, no te levantes. Quédate, queda apoyada en la higuera que te arropa, cabeza mía de oro entera. Las hojas se mueven despacio y te dan los buenos días. ¡Qué hermosa eres! Tiembla mi corazón que va a partirse. ¿Oyes qué te digo en susurro, en voz baja, tímidamente, despacio,

como los árboles que te hablan? Te acaricia la naturaleza toda y mi voz también te acaricia.

- Lela, no te parezca extraña mi pregunta. Lela, dilo, por favor. ¿Qué te importa decírmelo? ¿Acaso dejaste allá abajo en tu patria algún amigo? ¿Acaso alguien a quien amas?

- No - me dice despacio - No tengo amigo en ninguna parte.

Y le cogí la mano, y me pareció que el mundo era mío.

.....

¡Pedacitos! ¡Pedacitos! ¡Pedacitos!

.....

¡No! ¡No! No quiero aún; tenía yo que pensar siempre en el huerto con su alegría. Tranquilidad me viene cuando lo recuerdo. ¡En verdad brillaba tanto entonces! El sol me daba de comer luz. Tenía sed y bebía mi alma. ¡Qué extraños, qué brillantes como diamantes ojos tenía Lela! Escondido en sus ojos había un rayo; abría sus párpados y la noche lanzaba chispas. ¡Qué bien sabía embrujarme! ¿Dónde encontraba las dulces, las felices, las luminosas y azuladas<sup>2</sup> palabras que me decía? ¡Qué simple, qué ingenuamente hablaba! No volveré a vivir otro año como aquél.

- No te importe, no te tortures, Karlís. Es más prudente, más correcto, que no lo digamos a nadie. No tengas prisa, Karlís mío. Sé que no soy para ti. No puede ser, lo sé. No digas que no, Karlís. ¡Yo soy la desgraciada! ¿Qué valgo para que me tengas por mujer? Tu padre no lo querrá jamás y me avergüenzo sólo de pensar que podría saber algo así. Olvidaste que soy una chica pobre y extranjera, que me trajeron aquí para hacer compañía a Eleni, para estar con ella. Tenemos tiempo. Veremos después. Si lo dices, nos separarán, y me gusta tanto que hables y mirarte. Quizá tenga yo la culpa por haberte escuchado aquella noche, por haber respondido sí. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡No sabes! ¡Me parece tan extraño! No imaginaba que me amaría nadie. No podía creer que me amarías tú, ¡tú! Me sentaba

<sup>2</sup> = ουρανοφώτα. En la traducción francesa del texto el término es reemplazado por "azurées et lumineuses", y de ahí nuestra traducción. N.D.T.

horas y pensaba. Después ¿qué decirte? Sin quererlo, me alegraba y reía al pensarlo. Como si mi vida cambiara en un momento. No, Karlís, no lo digamos todavía a nadie. Qué hermoso es tener uno un secreto y guardarlo dentro de sí. Estate seguro, mi buen amigo. Yo no lo siento. No me arrepiento. Lo que hice, lo sabía y lo hice. ¿Que te torturaras así y que te dejara atormentado? No me era posible. Lo quería y lo hice. No puede decirme nadie nada. Es asunto mío. Lo que tengo, tómallo, te lo doy. No, no lo siento. Quizá juegas conmigo. Me tienes ahora como un juguete tuyo, Karlís. El juguete es tuyo. Soy toda tuya.”

.....  
Me cansé y ya no puedo más. Caeré al suelo. Cerraré los ojos, para ver sólo a Lela y escucharla.

.....  
“No tengo amigo en ninguna parte”. ¡Sí! Eso puedo creerlo. Dirá que no amaba o que no amó a nadie allá abajo en su tierra. Y dirá, por tanto, que no la amaba o que no la amó nunca nadie. ¿Qué, pues? ¿No buscó nadie tomarla? ¿No le dijo nadie siquiera dos palabras dulces? ¿No gustaba a ninguno? ¿Cómo es posible? ¿Se educó en una ciudad tal y es posible que nadie le dedicara un pipopo o la cortejara un poco o la mirara bien a los ojos o le diera a entender algo o se sorprendiera de su belleza? No puede ser. Puede que ella no amara, está bien; pero ¿Que no fuera amada? Otra cosa. ¿Por qué, entonces, no me lo dice? Ya que me culta pequeñas cosas, nonadas, puede ocultarme un día otras mayores. Lo dijo ella misma; le gustan los secretos; es bueno tener uno un secreto – ¡y guardarlo! - ¿Es acaso ocultadora?

Algo se cuece. Lo sé. Y ahora algo se estará cociendo. Lo veo. Lo he observado todo. Una cosa es cierta, que la amo. La amo. Esto es cierto. Es lo único cierto. Coge una hora de mi vida, la hora que quieras, córtala, hazla pedazos, pedazos, pedazos más pequeños aún, no encontrarás ni una miga de tiempo en la que no esté también ella. Siempre, siempre, en ella pensaba. Porque también en mis sueños entró. Se vertió también mi vida, como el agua penetra en todas partes. Cuando está lejos, si no la tengo directa-

mente frente a mí, si sale, mi ojo a la caza y mi alma detrás. Desesperanza y deseo hasta que la volviera a ver, hasta que regresara, hasta que subiera a su cuarto, a encerrarnos. ¿Qué hace mientras se ausenta? ¿Qué hace? ¿Me recuerda? No me tomo un respiro. Y desde la mañana hasta la noche siempre lo mismo. ¿Acaso yo río y me alegro y paseo y bromeo? ¿Puedo encontrar trabajo? ¿Puedo empezar algo? ¡Un agujero en la pared y mirarla siempre!

Yo la amo. Esto es cierto. Es lo único cierto. Es cierto – incluso más cierto – no que no me ame como yo la amo, sino que ni sepa ni comprenda todo mi amor. ¿No la escuchas cómo habla? No lo olvido. “No te importe” y “Estate tranquilo” y “No te tortures” y “No te martirices”. ¿Puedo no torturarme? ¿Quieres amor tranquilo y amor lo llamas? ¡Sí! Estás tranquila, eres prudente. Horas te espero, espero en la casa, solitario, vuelves y cuando puedo verte un instante, ni siquiera ves mi tortura. Ahora sé por qué me amaste; para que no me torturara, para no dejarme atormentado. Me tuviste lástima. No me amaste. Yo no quiero sólo tu belleza: yo quiero tu corazón. Vienes contenta, sonríes y me dices: “¡Karlís, mi buen Karlís, no sufras para que sufra por ti!”. ¡No comprendes qué es el amor y después me dices que quizá juego contigo!

No juguemos, por favor, con la muñeca. Porque se rompe.

¿Que no tenga prisa? ¿Que no quiera que sepa el mundo entero que eres mía? ¿Como mi mujer, mía? ¿Que me esconda, que tema la luz, que no busque el sol? Y ¿quién puede decirme nada? ¿Y acaso no soy un hombre de treinta y cuatro años? ¿Que te conviertas en mi mujer, ante el mundo, casarnos, y que no se alegre la tierra entera? ¿Quién puede, pues, no alegrarse? ¿Se molestará acaso alguien? ¿Por qué no decirlo a nadie? ¿Es vida esto que soporto? ¿Perderme por ti, buscarte cada hora, querer tus ojos y tu voz, de arriba a abajo que te adore mi alma y que no estés cerca de mí? ¿No debo, entonces, amarte? Alguna, alguna razón tendrás.

¿No escucharé de nuevo su voz? Me enfurezco en la soledad. Hela de nuevo que ha salido,

que ha ido arriba a Pera<sup>3</sup>, que me deja. Lela mía, Lela, es una dulzura tu nombre. ¿Cuándo te raptaré para marcharme, para irnos lejos los dos juntos? El cielo que extienda sobre nosotros su vestido de serenidad. ¿No hay, no existe en ninguna parte un lugar en el que no duela el corazón, donde respire nuestra alma, ninguno tranquilo, un lugar completamente jovial, lavado por el sol, donde no me atormente? ¿No reside en ninguna parte, no tiene casa la Felicidad, para que vayamos nosotros también una vez a buscarla? Lela mía, no me dejes. Una vez que no te vea, se acabó el mundo.

Y ¿no lo comprendo, y no lo sé acaso que no me quiere? Cuando viene y le cojo la mano, en cuanto me aprieta la mano. Cuando le respondo en la escalera, apenas una mirada y se marcha. Inclina sobre mi pecho su cabecita dorada, cuando estamos completamente solos en la noche en su cuarto, cuando la sostengo y la estrecho en mis brazos, cuando es mía. Pero ¿dónde están los besos, los ineficaces besos que le doy? Ni siquiera los siente. Con cada beso me parece que mi alma entra en su alma. Pero mi llama, la mía, no la quema, no la quemó nunca como me quema a mí. Lela, Lela, me volvía loco por ti y tenía sed de ti. ¿Por qué te ocultas? Te ensombreces y te marchas. ¿Te asustaste de mi demasiado, mi frenético amor? Vuelve otra vez a mi lado, ven también esta noche, pájaro mío. Es de noche, tú que amas los secretos, y nadie nos ve... ¿A quién temes? ¿Temes a alguien? ¿También de la noche te quieres esconder? Recuerdo qué me dijiste. Ahora no lo olvido. "Tenemos tiempo. ¡No se lo digas a nadie!". ¡Porque, si lo dijera, lo sabría Aquél!

.....  
 ¡Calla, calla! Que no oiga tu voz. Si escucho tu voz, puede que te crea otra vez, y no quiero. Y no debo creerte.  
 .....

<sup>3</sup> = Σταυροδρόμι. Psijaris escribe "Stavrodromi" para denominar este barrio de Constantinopla en el que creció. En la traducción francesa, no obstante, emplea "Pera", y de ahí nuestra traducción. N.D.T.

"¿Qué valgo para que me tomes por mujer?" ¡Sí! ¿Qué vales? Ahora sé qué vales, porque lo he visto. ¿Quién tenía razón? Karlís, siempre Karlís. Conmigo o con cualquier otro, lo mismo le era. Ella sabe qué hace. A ella no le cuesta nada el amor. Y por eso es fría conmigo, fría, cuando la queman mis besos. Mármol y nieve. Nieve de montaña que no se deshace. Comprendí en seguida. Amé aquella carta porque me iluminó como la vela y la vi, ¡la verdad! Subo a su cuarto y los veo. Trocitos, trocitos de papel. Dispersos en el suelo. Desgarrados fina, finísimamente. Y me agacho y los recojo uno a uno. Y sobre uno leí la palabra "amor mío". Y la escritura la conozco. Trocitos, trocitos. Sólo uno escrito, completamente en blanco cerca de diez, porque los negros los tiró al fuego. Espero a que llegue, para ver qué me dice. ¡Calamidad y muerte! Trocitos, trocitos. ¡Sí! Andrajos hicimos nuestras vidas.

He ahí la bruja, la nereida, la mentirosa, la perra que entra. Y antes de que abra los labios, la agarro de la mano. ¡Aquí! ¡Inmediatamente aquí! Cae al suelo y bésame los pies. Pide por favor que no te mate y grita, grita fuerte, que oiga que te burlaste de mí, que tu repugnante boca vomita mentiras y sólo mentiras. ¿De dónde vienes? ¿Dónde te revolcabas? ¡Golfá! Y la agarro y le aprieto los brazos que desgarró con las uñas; la tiro sobre la cama, la agarro por el cuello. Golpearla, abofetearla, estrangularla. ¡Hacerle algo!

- ¡La carta! ¡La carta! ¿De quién es la carta?

Y he aquí que me habla de nuevo. He aquí que escucho de nuevo su voz.

- Karlís mío, Karlís, sólo un momento. Hazme lo que quieras. Pero primero he de decirte. No es para mí la carta. Me la dieron por la mañana, hoy por la mañana. Te tenía miedo. Todo, te lo explicaré todo.

Y empieza a contarme un montón de cuentos. Su voz, ¡Su dulce voz! me lo dice y la creo. ¿Cómo no creerla cuando te habla, cuando la miras? ¿No es mía ahora que la tengo cerca, ahora que la veo? ¿No son sus palabras azúcar y miel? Me arrodillo ante ella. Le beso pies y manos. Lela mía, mátame que termine. Mírame que lloro como un niño. ¿Todavía no sientes cuánto te amo? No tienes tú la culpa de que sufra, la

tiene el amor que te tengo. Lela mía, tenme pena. Tu cordero seré. Mírame. Tus ojitos, dame tus ojitos que los tenga siempre conmigo, que me sigan siempre y que brillen. Entonces ya no me torturaré.

- Debería odiarte, Karlís, y no te odio. No sé ni yo misma qué me pasa. Soy aún niña. Soy una niña sin nada. ¡Tú has visto tantas cosas y has aprendido tantas cosas! Tú eres hombre. ¡Sí! Entendí que no juegas conmigo. Quizá tienes razón al quejarte. ¿Quieres que no ría? No río. ¿Quieres que no bromeo? No bromeo. ¿Puedo yo, Karlís mío, comprender el amor como tú? Todavía tiemblo al recordarlo. ¡Cómo me agarraste! ¡Cómo me sacudiste! ¡Me pegaste, estuviste cerca de pegarme! ¡Tus pelos erizadísimos, levantados, y furiosa cada una de tus miradas! Debería odiarte, Karlís, y no puedo odiarte. No sé qué me haces. ¿Quieres mi amor? Tanto cuanto me amas, te amo también yo ahora. Karlís mío, Karlís, dímelo de verdad cuánto me amas, ¡que lo oiga!

- A ti, Lela, ¿no amarte? - y la tomo sobre mi pecho y en su propio pecho me parece que siento la llama, la misma llama que a mí me quema. ¡Me parece que la sentí entonces!

.....

El mundo es pequeño. ¡Qué pequeñín que es! En la niebla todo se difumina, se pierde y ya no existe nada. Como si no hubiera cielo y mar y barcos. Un poco de sol, por favor. Ahora que no la veo, me intranquilizo, y la busco. Excitada mi mente, afinada, tensa, y pienso en ella. Yo sé. Un trozo por aquí, un trozo por allá. Esparcidos en la tierra. También así es la verdad. Los juntas todos, los pones el uno con el otro, los emparejas. De repente, surge el sentido. Surge también la verdad. La hacen pedazos, para no verla. Pero te agachas y la coges.

Si no fuera nada, mucho más prudente habría sido, mucho más correcto, el habérmelo dicho para que lo supiera. Piénsalo, Lela. No me enfadaría. No diría ni una palabra. ¡Ah! ¡Sólo encerrarla, poner también un cerrojo, para que no le escriba ya nadie! ¡Cuentos! ¡Cuentos! ¡Me amontonaba cuentos! Puesto que amaba a mi hermana aquel maldito, ¿cómo no me escribía a mí? Lela es mía. No la toques. ¿Acaso porque

también él, dice, es extranjero en la Ciudad, porque no se atreve, porque ve cómo escuchamos a Lela, por eso va y le escribe? ¿Lela le protegerá? ¿Lela se levantará para decir a padre que quiere su merced para que tome a Eleni? ¿O me hablará a mí? ¿Y cómo imaginó que puede Lela hablarme a mí? ¡Cuentos! ¡Cuentos! En primer lugar, ¿cómo pasó tal cosa por su mente? ¿Qué? ¿Porque dé clase de música a Eleni tiene que ir a amarla? ¿Quién se jacta de amor delante de mí? Yo lo traje a casa, yo lo pondré en la calle. Inmediatamente, que Eleni tome otro profesor, que no esté, que no esté siempre en la clase Lela.

Que se vaya éste, que se evapore, que no aparezca más. Que disfrutemos del amor plenamente. Quiero que se parezca su vida a la tranquila orilla del mar que duerme en los puertos. Extenderé también la arena; ablandaré la tierra. Puesto que la amo ¿qué nos falta? No puedo vivir en tal infierno; es alquitrán y hierve. Lela, ¿cuándo te besaré en la boca, sin que piense nada más? ¿Cuándo olvidaré las penas? Mi amor, tú ¿por qué me matas? ¿Qué te hice para que me destruyas? ¿No te doy pena?

Y ¿puedo olvidarlo? Tengo ojos y veo. Y a esto te lo llaman celos. Para que veas, son celos. Junta en alguna parte dos ideas, ponlas la una junto a la otra, coge hilo para coserlas, muestra que tienes entendimiento y criterio, que entiendes de lógica, te llamarán inmediatamente celoso. Yo celoso no soy. Yo estoy atento y espero. Yo soy bueno. Me lo prometió y espero. Con pretexto o sin pretexto, cualquiera que sea la razón, no debe volver a verle, no debe escribirle, ni una palabra debe decirle.

Poco a poco todo sale a la luz y se descubre. Se derrumba ya el muro. Me siento y espero en nuestra vieja casa. En la Ciudad, allá abajo. Yo tengo ojos y veo.

No temas. Ahora estoy tranquilo. No me enfado. Aquí se necesita sangre fría y entendimiento. Al acecho, todas las cosas las observo, una a una, y tomo también notas. El asunto requiere reflexión, paciencia y astucia. No tengas miedo. Absurda e imprudentemente no consigues nada. Lela, no tengas miedo te digo. Tu viste miedo tú, mentirosa, y no me dijiste la ver-

dad. Temblaste para que no te matara. - ¿Has oído qué humildemente me hablaba? Después, para ocultarlo, hace como que me quiere y lanza fuego en mis brazos. Se encendió, estalló de inmediato. Yo tengo ojos y veo. No digo ni mu. Espero, aguardo. Así, algún día los pillaré. Tengo que pillarlos, para demostrarle que se burla de mí. Para rescatarme también de esta niebla. ¡Sí! Ahora lo comprendí. Me tranquilizo. Horas aguardo, espero para saberlo.

Y ¿no tengo razón otra vez? ¿Quién dice que no tengo razón? Le vi, con mis propios ojos le vi. Apenas tres días después de aquello que le dije. Aquél no espera; lo saqué, lo eché, ya no daba lecciones a Eleni, ¡No! Ha de regresar el señor de inmediato. No fue un sueño, le vi. Helo otra vez que sale a la luz. La verdad sale a la luz con él. Desde arriba en la ventana donde me siento y espero, le vi. Helo que se presenta de pronto. Fuera, en la calle, corre, corre con prisa al lado de la casa, viene de allí atrás donde está la puerta del jardín. Me pareció escuchar la puerta rechinar. Yo sé dónde está la puerta. ¡Ah! Si pudiera ver esa puerta desde mi ventana y los atraparía inmediatamente. ¿Por qué? ¿Por qué tuerce el camino, por qué no ver desde allí donde me siento y acecho la maldita puerta? ¿Y qué importa que no la veo? ¿Lela dónde está? ¿En el huerto? ¡Pues claro! Me precipito a su cuarto. No está. Bajo. Mírala que sube normalmente las escaleras de la casa. ¡Entonces también Lela estaba el huerto! ¡Con él! Le hago una señal con vigor: al momento arriba, que vaya a su cuarto.

- Hoy ya me dirás la verdad. Os vi. Estabas con él en el huerto, ¿no te da vergüenza? Dilo, escúpelo, o volveré a empezar

- Karlís, lo que no es, no puedo decirlo. Estaba sola. No vi ni un alma. Ve, él mismo te lo dirá. Recuerda qué te decía yo el otro día, Karlís. La última, la única vez que me ha escrito, le dije que no me escribiera más, que no era asunto mío y que no me hablara de esas cosas.

Me enfadé y no debí haberme enfadado. Tenía que haberle pedido dulcemente y con maneras que subiera a su cuarto. Tuvo miedo otra vez y otra vez me amontó mentiras. Si lo dijera, tal vez pudiera ahogarla. ¡No! No me encolerizo,

para que no se alegren. ¡Bien! ¡Bien! Veremos más adelante; y bajo.

¡Bajé, sí! El único momento en que me alegré en mis cabales. Volvió a abrirse mi corazón por vez primera. El sol me regaba el alma. ¡Después que oscureciera! Me alegré por lo menos un momento, me tranquilicé, porque entonces estaba ya seguro. Lela, Lela, me destruyes, pero sé por qué me destruyes. Lela, me engañaste, pero ahora sé cómo me engañas. ¡Ah! Sí, sé, lo sé que no he sido engañado. Sé que tenía razón. Bajo y me dan la carta. ¿No escucháis las risotadas que lanzo? ¿No ves la verdad? ¿No te deslumbra? A mí me cegó su luz. ¡Qué necio por no haberlo comprendido aún! Leo la carta. La han traído ahora, me dice el siervo. Era una carta de él. Carta del "guapito". Veo de nuevo su escritura, que basta con que la vea y me erizo. Me escribe a mí. Que ama, supuestamente, a Eleni. Que está como perdido, que por qué no queremos que venga ya a casa. Que se vuelve loco y que no se atreve a hablar, pero que ha tomado ya la decisión, lo ha examinado, lo ha ponderado, lo ha puesto todo en orden. Que escribí primero a Lela, para pedirle por favor, sabe que soy bueno, que no puede ya vivir si es que no puede volver... y no terminaba la carta. "Si es que no puede volver". ¿Has visto qué claramente lo ha meditado? Acuérdate ahora de las palabras de ella. "Ve, él mismo te lo dirá". ¿Lo entendiste? En el huerto de prisa le hablaba: "ten cuidado, Karlís tiene sospechas; escríbele pues sobre el tema, para despreocuparle". Y Lela lo sabía muy bien que me escribiría. ¡Qué no escribe aquél para volver! Los dos juntos lo tienen todo arreglado, acordado. Y para que no se lo huela Karlís, soltémosle historias. ¡Trocitos! ¡Trocitos de mentiras! Karlís tiene ojos y ve, tiene ojos y recoge. Tomar a Eleni para estar día y noche en la casa ¡Junto a Lela! ¡Con Lela! No. No ocurrirá tal cosa. Ni él ni ningún otro.

¡Bien! ¡Bien! Aguardo y espero.

Atardeció. Anocheció. Es de noche y oscuridad. El mundo va a acostarse. Cuelga el candilillo medio encendido en lo alto, en el techo, y brilla temblorosamente. Bajo las escaleras. Todo oscuro. ¡Ah! No son para nosotros las flores; no son las canciones para nosotros. Se acabó el verano.

Se acabaron las negras higueras y los árboles y las hojas que en secreto le hablan. Un dolor inmenso me ahoga. Me moriré de la pena. Mi corazón se hincha, y el llanto se convierte en inundación en mi alma. ¡No! ¡No! No debo llorar, tenerle lástima. Bajo las escaleras. Lela mía, ¿eres tú? Es Lela con su dulce voz; hela que sube como antes. Hela angelical, la más divina de todas. El mundo no ha visto una hija tal. He ahí su boca y sus cabellos y el cuerpo celestial, el cuerpo rubio cuyo aroma me vuelve loco.

- ¡Buenas noches! ¡Buenas noches! ¡Lela, que duermas bien!

Y le arranco un beso que aún tengo en mis labios.

- Lela mía, Lela, nadie te ha amado como yo

Se apoya un instante en mi hombro, como desmayada.

-¡Ah! Tú, mi vida - me dice.

- Un beso, que me des un beso, Lela, un beso

-Rápido, rápido, que no nos vea nadie. Karlís mío, te quiero

.....

Se va. Se va. Oscurece. Qué tranquilidad que tiene mi cuarto. Me apartaba en mi cuarto. Caigo y me tumbo. Me coge el sueño. Se fue con prisa. ¿Por qué marcharse? ¿A dónde corre? ¿Todavía tiene miedo?

.....

¿Acaso fue un sueño, Karlís?

.....

No. Un sueño tal no es posible. No pudo ser un sueño. No quiero que fuera un sueño.

Caigo y me tumbo. Duermo, no duermo, ¿cómo saberlo? Noche y día, dormido o despierto, es lo mismo. Échate para aquí, échate para allá. Caigo en la cama y me revuelco. Cierra los ojos, si puedes. ¡Solo! ¡Completamente solo! Abandonado quedé y solo. Se fue, se fue con prisa.

¿Para que no nos vea nadie?

Lela, Lela, ¿dónde estás?

No, no fue un sueño, no pudo ser un sueño.

De pronto la veo, como la veo incluso ahora – como veo estos malditos muros – veo su blanquísimo, su completamente dorado cuerpo – y aquél, Aquél, cerca de ella a su lado allá arriba, ¡en su cuarto!

Me precipito arriba en su cuarto. Me lanzo – Por las noches el asunto es más fácil, más fácil que se produzca, porque no escucho su voz, porque no aparece su rostro –. Mentiras ya no me dirá – Corre, corre allí arriba. –. Que nunca ocurra algo así. No. Ni aquél ni ningún otro. Salvarme. – Rápido, rápido, que no se despierte. Aprieta, Karlís, fuerte. –. Mi mano en su cuello. Aprieta para estrangularla por el cuello. Aprieta, aprieta fuerte. Aprieta una vez más y hela aquí que acabó. Expiró, se acabó. Se acabó mi vida. Maté mi vida. Se fue y no dijo ni una palabra. Ven aquí que te de en la boca, sobre la boca, un beso inmortal. Ahora ya eres por siempre mía.

Yo sé lo que digo. Sé por qué me martirizaba, por qué me torturaba. Lo recuerdo bien; justo en aquel momento se vertió alrededor, en derredor mío, esta niebla que ya no me deja y que me ahoga.

.....

¡Trocitos! ¡Trocitos! ¡Trocitos!

.....

Lela, Lela, ¿dónde estás? ¿Dónde crees que está ahora Lela? ¿Crees que estará dentro de su tumba? ¿Allí abajo en la negra tierra? ¿Allí abajo en el ataúd? ¿Dónde está la niña dorada, la niña de sol? O ¿acaso fue a algún lugar del cielo, lejos sobre las estrellas? ¿Crees que existe otro mundo? Muéstrame dónde está, porque aquí adentro no veo nada. Correr, alcanzarla, preguntarle: “Lela mía, Lela, mi único amor, Lela, ahora que hemos muerto los dos, Lela, ahora que no tienes miedo, ahora dime si era verdad – Aquello”

.....

Karlís había legado en su testamento que me enviaran todos sus papeles. Quería que los leyera, quizá para justificarse, ¿quién sabe? Es-

cribió tanto en el manicomio. Puesto que la desgracia había sucedido en la Ciudad, sus amigos consiguieron que se marchara. Lo trajeron ya loco a París. Vivió dos años enfermo. Cuando fui al campo, allí lo dejé. Ni yo ni nadie podía acercársele. Un día fueron y le dijeron, acaso para tranquilizarlo, que su hermana se había casado y había tomado al joven músico que la amaba. Ni siquiera quiso escucharlo. Se enfadó y gritó: “- ¡Otra vez mentiras! Yo sé la verdad”. No quiso el desgraciado escucharlo y buscaba no saberlo,

para no ver que había matado injustamente a Lela. Karlís es conocido en la Ciudad. En todas partes es conocido Karlís.

*Traducción:  
Virginia Martínez Cárceles*